

VIX  
El Señor manda al Apóstol San Juan que escriba estas palabras: "Di-  
tábase los convidados para el festín de las bodas del Cordeño," y añade:  
"estas palabras de Dios son verdaderas."  
Cuando el alma fiel es llamada a gozar de la bienaventuranza celestial,  
y cuando se une para siempre a Dios por la visión y por el amor, se simen-  
ta de eternas delicias, alimento de los escogidos; así es como ella toma  
parte en el festín de las bodas del Cordeño.

### EL BUEY.

Trabajos de la agricultura.—El Buey, símbolo del trabajo.—Los obreros apostólicos.—El vaso de bron-  
ce sostenido por doce bueyes.—El Buey, figura del pueblo judío.—El Toro.—La riqueza de la granja.  
—La leche.—Los dones más suaves del Señor.—La enseñanza del catequismo.—La leche y la miel.—  
El sacrificio.—La Arca Santa en el campo de Jósué el Bethsamita.—El sacramento del amor es, tam-  
bien el sacrificio del amor.

DIOS ha multiplicado al rededor del hombre los animales domésticos á fin de que cada uno de ellos le preste los servicios propios de su naturaleza. Así es que el Caballo, más altivo, más ligero y más fogoso que el Buey, no puede servir para los mismos usos que éste, que es más lento, más sufrido y más robusto; por cuya razón se le destina á los trabajos de la agricultura. El Caballo se deja ver arrogante en el circo, en el paseo ó en el campo de batalla. Mas ved esa tierra baldía que el labrador quiere sembrar; unce al arado el rudo compañero de sus trabajos, y el Buey, sometido al yugo, se entrega resueltamente á la obra. Hiere con sus pesados piés la gleba que la reja va á despedazar, y traza majestuosamente el surco que ha de recibir la fecunda semilla.

Como el Caballo mide la carrera, parece que el Buey mide el campo que es de su dominio. Verdad es que sus trabajos son más humildes y más modestos, y que no participa como el Caballo del triunfo de los vencedores ni de los aplausos de la multitud; mas no por esto carece de gloria su vida sencilla y laboriosa. Así es, que cuando en una calurosa tarde de estío conduce á la granja el carro que viene desbordándose con las gavillas maduras, con la cabeza ataviada con algunas flores del campo y en medio de la turba de segadores, que llenos de júbilo cantan y silban á su rededor, ¿no se diría que se adelanta como en una marcha triunfal llevando sobre sus anchas espaldas el alimento del género humano?

II  
El Buey es el símbolo del trabajo. Ezequiel, en una de sus visiones <sup>1</sup> vió aparecer delante de sus ojos un animal simbólico con cuatro caras. La primera de *querube*, la segunda de *hombre*, la tercera de *Leon* y la cuarta de *Aguila*. La palabra hebrea *cherub*, que saca su etimología de la acción de arrastrar un carro, significa por analogía el animal que arrastra el carro, esto es, el Buey. Pero en plural, la palabra *cherubin*, se emplea para designar uno de los carros de los Angeles más elevados en gloria, esto es, los querubines.

Esta doble significación, cotejada una con otra, inspira á un piadoso comentador el pensamiento de que el hombre que ha nacido para el trabajo, como el Buey para arrastrar el arado, se eleva por la tenacidad de su labor hasta la gloria de los Angeles. <sup>2</sup>

Se cuenta en la vida de Santo Tomás de Aquino, que siendo aún jóven este gran Santo, sus condiscípulos, haciéndole burla por su silencio, por su modestia, y sobre todo, por su constancia en el trabajo, acostumbraban llamarle: "*el Buey mudo*." Mas un día les dijo Alberto el Grande que era el maestro de ellos: "Sabed que los mugidos de este Buey llenarán el mundo."

No solamente llenaron el mundo, sino que por el incomparable brillo de sus trabajos, el Buey se transformó en un glorioso querubin y ha merecido de la Iglesia el nombre de "Doctor Angélico."

¡Oh Dios mio! ¡Así es como Vos recompensáis nuestras labores! Mas antes de ser querubines en el cielo, necesario es que cavemos y reguemos con nuestros sudores el duro surco de la vida presente.

### III

El trabajo más excelente del hombre es, sin disputa, enseñar la verdad á las almas y formar los corazones en la práctica de las virtudes cristianas. Este trabajo es el del apostolado; por esta razón en las Santas Escrituras el Buey es muchas veces el símbolo del Apóstol.

¡Mas ay! el demonio y el pecado hicieron que la tierra produjese zarzas y espinas. Fué necesario que el hierro acerado del arado divino, que es la cruz, surcase este suelo maldito, tronchase todas las plantas nocivas y ablandara la dureza del terreno para prepararle á recibir la buena y fecunda semilla del Evangelio. Como el Buey que arrastra el arado, los Apóstoles llevaron por todas partes la cruz de Jesucristo, y con su paciente trabajo cultivaron el universo.

<sup>1</sup> Ezech. I, 10.  
<sup>2</sup> Corn. a Lap. XII, 578. Edic. Vibes.

Mas no solo trabajaba así el Buey, sino que la Escritura Santa nos lo presenta tambien trayendo las gavillas de trigo para separar la paja del grano. "Ved aquí—nos dice Santo Tomás—cómo el Apóstol se asemeja "al Buey, ya cuando aparta á las almas de todas las cosas terrenas, ya "cuando distingue las virtudes de los vicios, ya, en fin, cuando sabe oponer á los frívolos bienes de la presente vida, los intereses sagrados del "cielo."

El Buey conoce á su Señor; se aficiona á él, y á proporcion de que le conoce más, le sirve con más empeño. Así tambien el Apóstol conoce á Jesucristo, y mientras más medita en sus soberanas perfecciones, le ama con más ternura, diciendo entónces como San Pablo: "Si alguno no ama á "Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado."<sup>2</sup> Y así como el amo en recompensa tiene mucho cuidado con el animal que le sirve, del mismo modo el Corazón de Jesucristo se consagra enteramente al bien de sus discípulos, ora velando incesantemente sobre ellos, ora dignándose por su bondad hasta de cuidar sobre sus intereses temporales. "¡Cómo es esto! ¡Acaso Dios se preocupa hasta tener cuidado de los Bueyes: *numquid de "bobus cura est Deo"?*"<sup>3</sup> Esta era la objecion que se hacia San Pablo, aplicando á los Apóstoles los mandamientos del Deuteronomio: "Escrito está—les decia—no atarás la boca al Buey que trilla."<sup>4</sup> Mas el mismo Santo se respondia al instante: "¿Se dice acaso esto por nosotros? Sí, ciertamente; por nosotros están escritas estas cosas. Porque así como el que "ara debe arar con esperanza de recoger el fruto de la tierra, y el que trilla debe tener parte en el grano, así tambien el que se emplea en el misterio evangélico tiene derecho á la recompensa de sus tareas apostólicas."<sup>5</sup>

Y con todo eso, ¿qué seria para el Apóstol este salario tan pasajero si no tuviera delante de los ojos las recompensas eternas? Aspirando incesantemente hácia ellas, la tierra, con sus tesoros, le parece vil á proporcion de las que espera del cielo, por las cuales llora.

En vista de este pensamiento, veamos la interpretacion que da San Gregorio á estas palabras de Job: "¿Bramará acaso el Buey cuando su pesebre está lleno?"<sup>6</sup> Porque el único alimento que puede saciar al Apóstol, es la divina sabiduria, y este alimento está en el cielo. "Mientras estamos más retirados de este alimento—nos dice el Santo—menos veremos delante de nosotros la fresca verdura de la eterna herencia, y como "los animales destituidos de razon, ayunaremos de aquellos pastos pingües "y sustanciosos que son el objeto de nuestros más ardientes deseos."<sup>8</sup>

1 S. Thom. in apl. Pau.

2 1<sup>a</sup> Corint. XVI, 22.

3 1<sup>a</sup> Cor. IX, 9.

4 1<sup>a</sup> Cor. IX, 9.

5 1<sup>a</sup> Cor. IX, 10.

6 S. Franc. Jav.

7 Job. VI, 5.

8 Greg. Moral. VII, 11.

Jamás muge el Buey en el cielo, porque Dios le da en abundancia aquella yerba vivificante y llena de grosura que le hace vivir para la eternidad.

#### IV

Cuando Salomon estaba construyendo un templo para Dios, colocó ahí un vaso inmenso de metal fundido, que el Escritor sagrado compara á un mar de bronce que estaba puesto sobre doce figuras que representaban otros tantos bueyes.<sup>1</sup>

Fácil nos será reconocer bajo de este emblema á los doce Apóstoles del Salvador llevando la agua bautismal que como un océano debía lavar y purificar al mundo. Mas á lo largo de este gran depósito de agua había otro sostenido por diez pedestales de bronce que Salomon mandó adornar con obras de escultura, representando bueyes, leones y querubines enlazados con guirnaldas y coronas. Los bueyes nos recordaban la mansedumbre y la constancia del trabajo apostólico; los leones la severidad de la doctrina, y los querubines, como hemos dicho, significaban la gloria reservada á los Apóstoles.

#### V

"El Buey conoce á su dueño, mas Israel no me ha conocido."<sup>2</sup> Hé aquí la imagen de que se sirve el Señor para echar en cara á su pueblo escogido, así su ingratitud, como su perfidia. Las criaturas todas alaban á Dios y le bendicen, y en medio del sublime concierto que forman todas ellas, la única nota discordante es la del hombre. Los animales reconocen el imperio que el hombre, por derecho, ejerce sobre ellos; escuchan su voz; obedecen sus mandatos, y solo aquel, que segun la expresion de David es delante de Dios como bestia de carga en presencia de su señor,<sup>3</sup> desprecia con osadía á su Criador y Salvador. ¡Oh hombre, presta tu oído! las criaturas que son inferiores á tí, todas te dicen en su lenguaje: "El Buey conoce á su señor, "y tú solamente no conoces á tu Dios."

#### VI

A estas mismas palabras del Profeta Isaías, les da San Gerónimo una segunda interpretacion, y es esta: "El Buey, connaturalizado ya desde muy temprano á llevar el yugo que se le impone, nos figura al pueblo de Israel sometido desde un principio á las prescripciones de la ley."

1 3<sup>a</sup> Reg. VII, 23 et seq.

2 Isai. I, 3.

3 Ps. LXXII, 23.

“Entre los hijos de Israel, muchos sin duda se resistieron á creer y se levantaron contra el Dios que queria salvarlos. Tales fueron los escribas y los fariseos. Estos ni supieron imitar siquiera al animal sin razon que se deja vencer por las caricias de su señor. Sin embargo, muchos, en el seno mismo del pueblo judío, creyeron en la predicacion del Evangelio. La primera vez tres mil, y la segunda cinco mil, quedaron convertidos al oír las palabras de San Pedro. Estos fueron aquellos verdaderos Israelitas cuya sencillez y franqueza alababa tanto el Señor, y á quienes se aplica aquel elogio del Profeta: El Buey ha reconocido á su Señor.”<sup>1</sup>

Cada uno de nosotros sea como Nathanael, un verdadero Israelita en quien no hay doblez,<sup>2</sup> reconociendo y adorando al Mesías.

¡Oh Dios mio! Desde muy temprano me habeis impuesto el suave yugo de vuestra Ley y me habeis sometido á ella, habiendo obrado únicamente por vuestra bondad en favor de este humilde servidor vuestro, no como un Amo, sino como un verdadero Padre. Cuando Vos dirigís mis pasos, nada me falta. Vuestros divinos pastos son mi alimento de cada día, y vuestra Santa Casa me ofrece siempre el más seguro abrigo.

¡Ah! ¡cuán culpable he sido al ofender á un Señor tan bueno! Quebranté el yugo, rompí mis lazos, y dije: “no serviré,”<sup>3</sup> y luego pedí al mundo, y á mis pasiones, y á mis caprichos una libertad culpable; ¡ay de mí! ¡me hicieron sentir el yugo cruel que pesa sobre los hijos de Adam...! Viendo ahora mi engaño, solo quiero vivir bajo vuestra Ley santa, y cada día comprenderé mejor ¡oh mi único y amable dueño, cuán suave es vuestro yugo, y cuán ligera vuestra carga!

VII

Si el Buey, ordinariamente expresa la mansedumbre y la sumision, el Toro por el contrario, significa la indocilidad y la violencia, y yendo con altivez por delante del ganado, es imágen del hombre poderoso y soberbio que se arma contra la verdad y la justicia.

A la cabeza del pueblo judío iban los príncipes de los sacerdotes que fueron los primeros en acusar y en condenar á muerte á Jesucristo.

A estos era á quienes veía David cuando hablando en nombre del Salvador decia en uno de sus Salmos: “Los toros me han cercado.”<sup>4</sup>

Tambien muchos falsos Doctores, por el ascendiente de su ciencia, llegaban á conseguir un imperio detestable sobre las almas débiles y sencillas. Hombres peligrosos á quienes el Apóstol San Pablo señalaba en sus instrucciones á su discípulo Timoteo, diciéndole: “Estos son los que entran en las casas trayendo cautivas á las mujeres cargadas de pecados.”

1 Hier. in cap. I, Isai.

2 Joan. I, 47.

3 Jerem. II, 20.

4 2<sup>a</sup> Timot. III, 6.

5 S. Aug. in Ps. LXXVII.

1 3<sup>a</sup> Reg. VII, 23 et seq.  
2 Isai. I, 3.  
3 Ps. LXXII, 23.  
TOMO II

Y á estos mismos aplicaba San Agustín aquellas otras palabras del Salmista: “Refrenad, ¡oh Dios mio! la junta de toros que se encruelen en medio de los pueblos que arrastran consigo como un rebaño de vacas.”

¿Por ser el Toro emblema de la indocilidad y del orgullo no dijo Dios por boca de David: “Acaso me he de alimentar con la carne de los toros?”<sup>1</sup> El sacrificio que agrada al Señor es el de un espíritu dócil y el de un corazón conrito y humillado.<sup>2</sup>

VIII

La Vaca no se emplea ordinariamente como el Buey en los trabajos del campo, porque ella constituye una de las riquezas de la granja, y cuando se encamina hácia la pradera con las ubres llenas de leche deliciosa, siempre dispuesta á regalar á los hombres ese alimento tan dulce como sustancioso, ¡no nos parece entónces la imágen de aquella Providencia toda maternal que dispensa á cada criatura la misteriosa leche de sus beneficios?

En el sentido de nuestros libros santos, la Vaca gorda y fecunda es una imágen de la abundancia de los bienes de la tierra. Las siete vacas gordas del sueño de José significaban los siete años de prosperidad que debían sucederse en Egipto,<sup>3</sup> y así tambien, cuando David enumera los bienes terrenos en que cifran su opulencia los pecadores, no echa en olvido la circunstancia de que sus vacas están siempre gordas. “*Boves eorum crasa.*”<sup>4</sup>

A pesar de esto, el bienestar material nos lleva frecuentemente al olvido de Dios, y en este sentido el Profeta Oseas compara á Israel alejándose del Señor con “la fogosa, ternera, impaciente del yugo.” *Vacca lasciviens declinavit Israël.*<sup>5</sup>

IX

Acabamos de decirlo; la Vaca regala al hombre con su abundante y dulce leche que es un símbolo agradable.

En efecto, nos recuerda ella los suavísimos dones del Señor que David nos prometía en aquellas palabras de uno de sus Salmos cuando decia: “¡Gustad y ved cuán dulce es el Señor!”

La leche simboliza su bondad, su amor, su misericordia y la mansedumbre de su Ley santa. A vista de nuestra miseria, Dios no nos trata con rigor; el alimento que nos ofrece es una leche deliciosa acomodada á nuestra debilidad.

1 Ps. LXII, 31.

2 Ps. XLIX, 13.

3 Ps. L, 18.

4 Genes. XLI, 26.

5 Ps. CXLIII, 14.

6 Ose. IV, 16.

7 Ps. XXXIII, 9.

1 Exod. III, 8.  
2 Cant. IV, 11.  
3 Chris. script. cit. in off. Pres. Sangu.

Todos tenemos necesidad de este divino alimento. Sin embargo, la leche es más conveniente á la primera edad de los niños, y en ella tienen aquella suavísima fuente donde alimentan su vida.

Considerada bajo este aspecto, es también el emblema que de una manera especial nos da idea de las primeras gracias que Dios concede al niño cristiano, ó el símbolo de aquellas instrucciones más fáciles y sencillas que recibe en su juventud.

Mirad esa multitud de niños agrupados al rededor del sacerdote que les enseña los primeros rudimentos de la ciencia de Jesucristo. ¿Qué hace cuando los instruye? Esprime los pechos de la Iglesia, y distribuye á esas tiernas almas la leche de la doctrina cristiana que nosotros llamamos catequismo. Leche que el Apóstol San Pablo reserva igualmente á los neófitos de Corinto, "no queriendo—les decía<sup>1</sup>—con un alimento demasiado fuerte que no pudieran digerir."

## X

La Santa Escritura frecuentemente nos une la leche y la miel como dos figuras inseparables para designar una misma cosa.

La tierra prometida al pueblo judío, que es también la imagen del cielo, es como un suelo fecundo de donde manan juntamente leche y miel.<sup>2</sup> Cuando el Esposo de los Cantares recuerda á su Esposa los tesoros de gracias con que Él mismo ha querido enriquecerla, la dice: "La leche y la miel están en tus labios: *mel et lac sub lingua tua.*"

¡Oh alma fiel, tú que eres la Esposa de Jesucristo, cuando te acercas á la Eucaristía, en tí tienen cumplimiento las palabras de los Cantares: la leche y la miel están en tus labios: *mel et lac sub lingua tua!*

## XI

El Buey, así como el Toro y la Vaca, nos recuerdan desde luego los sacrificios. Bien sabemos que la antigua Ley prescribía al pueblo judío la inmolación de estos animales: su sangre corría sobre el altar; pero según la expresión de San Juan Crisóstomo,<sup>3</sup> esta sangre no tenía valor, sino porque era figura de sangre más preciosa. Los sacrificios de la antigua Ley no eran más que una figura imperfecta de la divina víctima que debía ofrecerse por la salud del mundo.

Desde entónces en cada una de las víctimas del sacrificio mosaico, debemos ver únicamente á Jesucristo, quien anonadándose por nosotros hasta presentárenos bajo la figura de los toros y de los bueyes, entra por su pro-

<sup>1</sup> Exod. III, 8.

<sup>2</sup> Cant. IV, 11.

<sup>3</sup> Chris. serm. cit. in off. Pret. Sang.

pia sangre en el *Sancta Sanctorum*, que es su patria, mereciéndonos así la redención eterna.

Aunque los cuatro Evangelistas nos muestran en Jesucristo la víctima divina del Calvario, la narración de San Lucas que comienza por el sacerdocio de Jesucristo, parece que más directamente se propuso por objeto el sacrificio del Salvador, por cuya razón el emblema del Buey se le atribuye á este Evangelista.

No olvidemos, á pesar de esto, agregar con un piadoso comentador,<sup>2</sup> que Jesucristo está figurado mucho mejor que sus cuatro historiadores en los emblemas con que ordinariamente designamos á éstos.

Es el hombre por excelencia del Evangelista San Mateo; el Leon rugiente de San Marcos; el Buey inmolado de San Lucas, y la Aguila sublime de San Juan.

## XII

El Buey es al mismo tiempo el símbolo del trabajo y la figura del sacrificio. Si le consideramos bajo este doble aspecto, pasando del campo que fertiliza al altar donde se inmola, veremos que reúne en sí el emblema de esa doble vida, activa y contemplativa, que debe ser la de los cristianos.

Nosotros también debemos como el Buey trabajar con fervor y ofrecer nos incesantemente á Dios por la oración y el sacrificio; cavar el surco que se nos ha encomendado y llevar en seguida al altar la amorosa abnegación de nuestra alma; vivir, en fin, cumpliendo con nuestros deberes, y morir, si es necesario, mártires de nuestra fé ó víctimas de la caridad.

## XIII

Leemos en el libro primero de los Reyes, que habiendo permanecido el Arca del Señor por siete años en poder de los filisteos, éstos, castigados por la justicia divina, se decidieron á poner el arca en la tierra de Israel.<sup>3</sup>

Al efecto, escogieron dos vacas lozanas que alimentaban todavía á sus becerros y las uncieron al carro donde iba colocada el arca de la alianza.

Las vacas seguían el camino recto que conduce hasta Bethsamés, avanzando con paso igual, pero sin desviarse ni á la derecha ni á la izquierda.

A la sazón se ocupaban los Bethsamitas en segar sus trigos en el fondo de un valle, y levantando los ojos, vieron el arca y se alegraron en gran manera. El carro se detuvo en el campo de Josué el Bethsamita; en este mismo lugar había una gran piedra, y los Bethsamitas hicieron pedazos la madera del carro, prepararon una hoguera y colocaron sobre ella las dos vacas, ofreciéndolas al Señor en holocausto.

<sup>1</sup> Hebr. IX, 12.

<sup>2</sup> Corn. a Lap. in Ezech. XII, 578. edic. Vibes.

<sup>3</sup> 1º Reg. VI.

San Gregorio nos advierte que "las vacas uncidas al carro, son imágen de las almas fieles que por la observancia de los preceptos, parece que llevan en sí mismas la ligera carga de la palabra divina. También siguen el camino recto sin desviarse de un lado á otro, hasta llegar á Bethsamés, que significa la casa del sol; porque la práctica de las buenas obras las conduce á la mansión de la luz eterna."

Ahora bien; ¿y esa Arca de la alianza no es figura de la divina Eucaristía? Cuando yo veo esta Arca santa adelantándose hácia la tierra de Israel, que es el tipo de la Iglesia, y fijarse en un campo de trigo ya maduro cuyas blancas espigas anuncian la proximidad de la cosecha, ¿podré dejar de pensar en la Arca Eucarística que encierra el trigo de los escogidos?

También nosotros, miserables criaturas, lo mismo que las vacas uncidas al carro, llevamos la arca divina cada vez que recibimos la sagrada Eucaristía, y como ellas, cargando nuestro divino yugo, debemos seguir el recto camino que el Salvador nos traza, dirigiéndonos á Bethsamés, casa del sol, porque la Eucaristía que llevamos en nuestro corazón, es la prenda cierta de nuestra futura inmortalidad; y por último, fijaremos como ellas nuestra mansión cerca del verdadero Josué, que es el mismo Jesucristo.

¡Oh! ¿qué conmovedoras son estas imágenes, y qué sublime esta reconciliación! Mas ved aquí que el carro en que iba el arca se rompió, y vino á ser después una hoguera y las vacas que tiraban del carro fueron ofrecidas en holocausto.<sup>1</sup>

El Sacramento del amor es igualmente el sacrificio del amor; y así como en la unión Eucarística yo no me hago mas que uno con Jesucristo que se da íntimamente á mí, así también conviene que yo me inole con la hostia de la Eucaristía que se sacrifica enteramente por mí. Tomad, pues, ¡oh Dios mio! este corazón, donde Vos estais sentado como en un carro; tomad este cuerpo que habeis escogido para confiarle en este valle de lágrimas la carga adorable de vuestra divina presencia; tomad, en fin, ¡oh Dios mio! todo mi sér para que se consuma por Vos como un holocausto de reconocimiento y de amor.

1 1º Reg. IV, 14.

El macho del sacrificio y el macho emisario.—Los pecadores.—Los réprobos.—Cómo los chivos merecen ser recompensados lo mismo que los bueyes.—Las cabras sobre las montañas de Galaad.—El alma purificada de la mancha del pecado.—El Cabrito.—El festin de Isaac.—La bendición de Jacob.—Sacramento y sacrificio Eucarístico.

**EL MACHO DE CABRIO.—LA CABRA.**  
**EL CABRITO.**

El macho del sacrificio y el macho emisario.—Los pecadores.—Los réprobos.—Cómo los chivos merecen ser recompensados lo mismo que los bueyes.—Las cabras sobre las montañas de Galaad.—El alma purificada de la mancha del pecado.—El Cabrito.—El festin de Isaac.—La bendición de Jacob.—Sacramento y sacrificio Eucarístico.

DIOS había ordenado á Moisés,<sup>1</sup> que en el día de la fiesta de las Expiaciones el gran Sacerdote presentase delante del Señor á la entrada del Tabernáculo, dos machos de cabrío por los pecados del pueblo. Uno de ellos era inmolado y su sangre derramada en forma de aspersiones lustrales, debía purificar el santuario de todas las violaciones cometidas contra la Ley.

El otro se llamaba "el macho emisario." El gran Sacerdote, imponiendo las manos sobre la cabeza de este animal, confesaba todas las iniquidades de los hijos de Israel, sus ofensas y sus pecados; cargaba de imprecaciones la cabeza de este animal y en seguida era arrojado vergonzosamente al desierto.

Aunque todas las víctimas de la Ley antigua significan unánimemente el sacrificio del Redentor de los hombres, parece que el macho de cabrío tuvo principalmente por objeto representar á Jesucristo, en tanto que Él mismo se ha dignado "tomar por nosotros, como nos asegura San Pablo,<sup>2</sup> "la semejanza de la carne de pecado."

Las fábulas impuras de la mitología nos enseñan que el macho de cabrío era considerado como un animal infame; y entre los profundos abatimientos á que Dios quiso descender, uno de los que más debe sorprendernos, es, sin duda, el que haya consentido en aparecer bajo un emblema tan vil.

1 Levit. XVI.  
2 Rom. VIII, 3.